

## **HOMILÍA PARA LA ORDENACIÓN EPISCOPAL DEL OBISPO MICHAEL PHAM Y EL OBISPO FELIPE PULIDO**

Iglesia St. Thérèse of Carmel, 28 de septiembre, 2023

La Palabra de Dios que escuchamos el día de hoy se centra en tres llamados divinos decisivos en la historia de la salvación: El llamado de Dios Padre a Abraham pidiéndole que deje atrás su tierra y se aventure hacia la fe; el llamado de Jesús a sus discípulos pidiéndoles que dejen las redes y lo sigan; y el llamado del Espíritu Santo a los Apóstoles invitándolos a dejar atrás sus miedos y avanzar con fe y confianza a proclamar el Evangelio por todo el mundo.

Juntos, estos tres llamados enmarcan el poderoso momento que hoy celebramos en la Diócesis de San Diego y el testimonio que ustedes, como nuevos obispos de la Iglesia, están llamados a dar.

Ustedes, Felipe y Michael, escucharon el llamado de Abraham durante su adolescencia, llevándolos a dejar su tierra natal para venir a los Estados Unidos.

Para ti Michael, el llamado de Abraham llegó en forma de una devastación económica y opresión política y religiosa que se dio al finalizar la guerra de Vietnam. Tu familia buscó libertad, oportunidad y estabilidad, pero el único camino a esa libertad yacía en un peligroso viaje que tú y tu familia tuvieron que realizar para poder llegar por etapas a los Estados Unidos. Tu hermana, tu hermano y tú tuvieron que enfrentarse a las realidades del terror, el robo y el naufragio. Y entonces llegaste a los brazos de personas de fe en Minnesota, quienes te arroparon como si fueras suyo y derramaron la gracia de Dios sobre ti. Una vez que tu familia se reencontró en esta nueva tierra,

entendieron que fue Dios quien los llamó a este viaje y los trajo hasta aquí, llevándolos finalmente hasta California.

Para ti Felipe, el llamado de Abraham llegó cuando tu familia tomó la decisión de venir a Estados Unidos en busca de una mejor oportunidad económica en el estado de Washington, lugar en donde tu padre había trabajado anteriormente. Como Abraham, lamentaste tener que dejar la vida y cultura de tu vida en Michoacán. Como Abraham, entendiste que Dios estaría siempre presente durante tu viaje. Y como Abraham, llegaste a comprender que tu nuevo hogar tenía muchas cosas hermosas.

Felipe y Michael, ustedes son verdaderos hijos de Abraham entre nosotros. Han visto la gracia de Dios en los viajes que han formado su vida. Son inmigrantes a nuestra nación, en una Iglesia local que se centra profundamente en la fe y la compasión de nuestras comunidades inmigrantes. Entienden que la vitalidad de nuestra fe católica aquí en California está inextricablemente ligada a las culturas y tradiciones que animan nuestros corazones y mueven nuestras almas. El tapiz de sus vidas, cultivado tan profundamente por sus familias a lo largo de toda su vida, es un modelo para la evangelización del mundo que se encuentra en el centro de la misión de la Iglesia.

En su nuevo apostolado de liderazgo en la Iglesia, están llamados a ser testigos de estas realidades. Pues como líderes de la Iglesia, deberán ayudarnos a comprender que en nuestro peregrinaje individual en esta tierra es Dios quien nos está mostrando el camino, Dios quien nos está rodeando con cada bendición que conocemos y apreciamos.

## **El Llamado de los Discípulos**

La lectura del día de hoy del Evangelio de Mateo comunica un momento clave en la vida de cualquier sacerdote: El llamado de Jesús a sus discípulos. Es necesario que nos demos cuenta que este

llamado a los discípulos es en su esencia un llamado al acompañamiento; a caminar junto al Señor Jesucristo para comprenderlo, escucharlo, a sufrir con Él, a confiar en Él, a santificarnos a través de Él. Y a su vez, es un llamado para acompañar a otros en la Iglesia y en el mundo, así como Jesús nos ha acompañado a nosotros.

Para ti Felipe, el llamado inicial de Cristo al sacerdocio llegó cuando aún eras muy joven y vivías en México. Pero ese llamado volvió con una fuerza abrumadora muchos años después cuando tu párroco en Yakima te pidió que cuidaras del padre Jerry Corrigan, sacerdote de Yakima, quien estaba en la parroquia y pronto moriría. Fue ahí, mientras cuidabas del padre Corrigan, acompañándolo en los momentos más oscuros de su vida y siendo testigo de su sacerdocio, que cuando te invitó a ser sacerdote experimentaste a Cristo Señor viniendo a ti desde la orilla del mar, llamándote a una vida de servicio y sacrificio. Tu propia vocación sacerdotal surgió de un acto generoso de acompañamiento y compasión.

Michael, Jesús te dio señales durante muchos años, pero no fue hasta después de la universidad, mientras trabajabas como ingeniero aeronáutico, que la invitación del Señor se cristalizó. Para ti, como a Felipe, tu vocación se cristalizó a través de un acto de acompañamiento. A pesar de tener un trabajo de tiempo completo y estar inscrito en la maestría, pasabas tus fines de semana en la Parroquia del Buen Pastor como catequista con la comunidad vietnamita; caminando con los jóvenes a lo largo de su peregrinaje de fe y cuestionamiento. Fue en estos momentos cuando te diste cuenta que tenías la capacidad de enseñar la Palabra de Dios, de formar corazones, de guiar a mujeres y hombres hacia la Eucaristía. Fue también en estos momentos que escuchaste al Señor venir a ti a la orilla del mar e invitarte con una gracia abrumadora al sacerdocio.

Michael y Felipe, así como el acompañamiento estuvo en la raíz de su vocación sacerdotal, también ha estado presente en el centro de sus vidas como sacerdotes. Michael, con tu poderosa dedicación al acompañamiento y la colaboración, participación e invitación, has renovado las comunidades étnicas y culturales de nuestra diócesis con un éxito impresionante. Felipe, como director de vocaciones y vicario para el clero en la Diócesis de Yakima, has utilizado tus dones de oración y bondad, organización y visión para ayudar al obispo Tyson en el acompañamiento de sacerdotes y el Pueblo de Dios en la Diócesis de Yakima hacia la unidad y la gracia. Para ambos, el acompañamiento ha estado en el centro de ese apostolado que tienen más cerca de sus corazones: pastorear al Pueblo de Dios en las parroquias que han dirigido.

Ahora se convierten en obispos, y al hacerlo, asumen nuevas dimensiones del llamado de Cristo a sus discípulos. Pues como sucesores de los Apóstoles, son llamados a poner en el centro de su apostolado los tres mandatos apostólicos: predicar la Palabra de Dios en toda su entereza y verdad; ayudar a santificar al Pueblo de Dios a través de la vida sacramental y llamado a la santidad; y gobernar la comunidad de fe para que pueda cumplir su misión en la vida del mundo. Estas nuevas responsabilidades no pueden de ninguna manera minimizar la devoción de brindar acompañamiento que tanto ha caracterizado su vida sacerdotal. De hecho, el llamado al servicio episcopal debe profundizar sus esfuerzos para acompañar a mujeres y hombres en el sufrimiento y las alegrías de sus vidas actuales, abrazar a los caídos, los marginados, los enojados, los dudosos; traer la auténtica sanación en medio de la polarización que solo puede lograrse aceptando a aquellos con quienes no estamos de acuerdo. Para ser un buen obispo debes verdaderamente caminar con el rebaño de Dios como nos ha instado el Papa Francisco: En ocasiones caminar al frente para dirigir; en ocasiones caminar en medio del rebaño para experimentar las realidades de la vida diaria; y en ocasiones

caminar atrás para abrazar y acompañar a quienes se encuentran luchando por mantenerse al ritmo de los demás.

Solo de esta manera podrán ustedes, como obispos, señalar el significado más importante de la lectura de hoy del Evangelio de Mateo: que es, antes que nada, no un llamado al sacerdocio o al episcopado, sino más bien un llamado a ser discípulos de Cristo que abraza a todo el Pueblo de Dios por igual en desafío y en gracia. Es el sacerdocio de nuestro bautismo nuestra verdadera identidad y lo que nos une con todo hombre y mujer en la vida de la Iglesia a la que servimos. Es al acompañar a Cristo y a los demás que llegamos a comprender lo que realmente significa el llamado de Dios a nosotros.

### **El Llamado del Espíritu Santo a la Iglesia Universal**

La segunda lectura de hoy de los Hechos de los Apóstoles retrata la transformación total de los discípulos del Señor al experimentar la gracia abrumadora del Espíritu Santo. Estaban reunidos en el Cenáculo, llenos de miedo. El Señor los había abandonado. Los enemigos de Jesús estaban al acecho. Cristo les había confiado una misión que parecía insondable y abrumadora. La confianza que habían sentido al ver al Señor Resucitado ahora se había disipado.

En eso, el Espíritu Santo cayó sobre ellos y se transformaron. El espíritu del temor fue reemplazado por un espíritu de confianza en el plan de Dios que no abandonó a los Apóstoles durante el resto de sus vidas. La misión de proclamar el Evangelio de Jesucristo y su crucifixión se hizo clara ante sus ojos, una fuente de fortaleza y energía en lugar de una de duda y desesperación. Salieron a predicar, a sanar, a acompañar en cada uno de los lugares del mundo que conocían. Juntos oraron y discernieron durante esos momentos que exigían nuevos caminos y decisiones teológicas y

espirituales difíciles para la primera comunidad cristiana. Y nunca flaquearon, porque confiaron en que el Espíritu Santo los guiaba.

Felipe y Michael, mis hermanos en el servicio episcopal, han sido llamados a ser obispos en un tiempo clave, en un momento sinodal en la vida de la Iglesia. Toda la comunidad católica del mundo está siendo llamada a una renovación. Estamos siendo llamados a profundizar nuestra comunión unos con otros, a ampliar la participación en la vida de la Iglesia y a reclamar y reimaginar esa misión que Cristo dio a los discípulos cuando caminó sobre la tierra.

Nutridos constantemente por la Palabra de Dios y la Eucaristía, fuente y cumbre de la vida cristiana, buscamos construir una Iglesia que sepa discernir y orar, dedicada al tesoro que es la fe católica; que sepa colaborar y sea inclusiva, humilde y franca, evangelizando las culturas de nuestro mundo al tiempo que se acerca a los marginados, especialmente a los jóvenes, que se están alejando de la vida de la Iglesia.

Mientras continuamos este proceso de renovación que ha comenzado en todo el mundo y que el próximo mes se enfocará en las reuniones sinodales de Roma, han surgido temores sobre la sabiduría y la capacidad de la Iglesia para emprender esta nueva misión. Estos temores hacen eco de los temores de los Apóstoles que esperaban en el Cenáculo, sin saber hacia dónde se dirigían y qué era lo que Dios los llamaba a hacer. Pero entonces el Espíritu vino sobre ellos y fueron renovados y confiaron en que Dios verdaderamente los estaba guiando.

Obispo Pham y Obispo Pulido, deben convertirse en profetas de la Iglesia sinodal que está despertando y la renovación a la que hemos sido llamados. Como herederos de Abraham, ustedes deberán proclamar que estamos todos juntos en este peregrinaje terrenal, y que nunca debemos atarnos tanto a los lugares donde estemos más cómodos como para no escuchar el llamado de Dios

hacia el cambio. Como herederos de los discípulos que escucharon el llamado de Jesús al acompañamiento desde la orilla del mar, deben trabajar para colocar el kerigma en el centro mismo de la predicación y la enseñanza de la Iglesia, y reflejar el abrazo pastoral de Cristo a todo el Pueblo de Dios: en sus momentos de gracia y heroísmo, en sus momentos de pecaminosidad y fracaso, y en sus momentos de búsqueda más profunda de la presencia del Señor.

Finalmente, mis hermanos obispos, como herederos de los Apóstoles que esperaban temerosos en el Cenáculo, deben proclamar la misma confianza en el Espíritu de Dios en la vida de la Iglesia que animaron a Pedro y los Apóstoles el día de Pentecostés y que debe animar a la iglesia en todos los tiempos.